



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

SEPARATA

Nº 12 - Año 2014

E-mail: hispanianova@uc3m.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.

DOSSIER

TEORIZAR LA HISTORIA, HACER HISTORIOGRAFÍA. Homenaje al profesor Julio Aróstegui

Jesús A. Martínez y Juan A. Blanco
(Coordinadores)

EL CARLISMO

THE CARLISM

Pedro RÚJULA LÓPEZ

Universidad de Zaragoza



Pedro RÚJULA LÓPEZ

El carlismo

Título en inglés: The Carlism

Resumen

Uno de los ejes que vertebran la carrera como historiador de Julio Aróstegui fueron sus estudios sobre el carlismo. Desde su tesis doctoral dedicada al estudio de la segunda guerra carlista en Vizcaya, hasta su última obra, que tenía por objeto analizar la participación de los requetés en la guerra civil de 1936, sus investigaciones sobre el papel de las fuerzas legitimistas en los conflictos civiles contemporáneos serán una constante. A lo largo de esta trayectoria abordará tanto aspectos teóricos de naturaleza general como estudios de base erudita que le permitiran adentrarse en cuestiones clave del fenómeno carlista como las raíces sociales, la ideología, la evolución, la tradición insurreccional o las conspiraciones.

Palabras clave: Contrarrevolución; carlismo; tradicionalismo; Requetés; guerra civil.

Abstract:

One of the fundamental areas of Julio Arostegui's work as a historian was his research on Carlism. From his Ph.D. thesis, devoted to the study of the second Carlist war in Vizcaya, to his last book, which analyzed the involvement of the requetés in the Spanish Civil War in 1936, his work focused on the role of the legitimist forces in contemporary civil conflict. Throughout his trajectory, he approached general theoretical aspects and produced meticulous scholarly works, researching key questions of the Carlist phenomenon, such as social roots, ideology, evolution, insurrectionary traditions and conspiracies.

Keywords: Counterrevolution; Carlism; Traditionalism; Requetés; Civil War.

El carlismo

Pedro RÚJULA LÓPEZ

Universidad de Zaragoza
rujula@unizar.es

Señala Eduardo González Calleja, en un artículo panorámico donde recorre la trayectoria profesional de Julio Aróstegui, que este trazó su carrera de historiador universitario después de alcanzar una cátedra de instituto en Vitoria en 1967¹. Allí se encuentra, tal vez por azar del destino, en este caso de su destino como docente en el instituto de la capital alavesa, el primer vínculo de Julio Aróstegui con el tema del carlismo. En Vitoria hallará el objeto de estudio y la documentación para realizar su tesis doctoral sobre la última guerra civil del XIX en Álava bajo la dirección del catedrático de Historia de España Contemporánea de la Universidad de Madrid Vicente Palacio Atard².

La tesis doctoral titulada “El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1976” fue leída el 19 de junio de 1970 en la Universidad de Madrid ante un tribunal presidido Jesús Pabón y compuesto por José María Jover, Antonio Rumeu de Armas y Vicente Cacho Viu que le concedió la calificación de Sobresaliente cum Laude. Por aquel entonces había una serie de trabajos en marcha que iban a renovar profundamente los estudios sobre el fenómeno carlista en el País Vasco³, pero este fue el primero de ellos. La investigación nacía en el contexto del cambio generacional que estaba produciéndose en la historiografía española de los años finales del franquismo⁴. Nuevos historiadores estaban accediendo al campo de la historia contemporánea de la mano de los catedráticos que habían dominado la disciplina durante las décadas anteriores, sin embargo su conexión institucional no

¹ Eduardo González Calleja, “Julio Aróstegui: *in memoriam*”, en *Hispania Nova*, 11 (2013), <http://hispanianova.rediris.es/semblanza.htm>

² Cif. “Palacio Atard, Vicente”, en Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 463-464.

³ Emiliano Fernández de Pinedo, *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco 1100/1850*, Madrid, Siglo XXI, 1974; Pablo Fernández Albaladejo, *La crisis del Antiguo régimen en Guipúzcoa, 1766-1833: cambio económico e historia*, Madrid, Akal, 1974; Vicente Garmendia, *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Madrid, Siglo XXI, 1975; o José Extramiana, *Historia de las guerras carlistas*, San Sebastián, Haramburu, 1980, 2 vols. En otro ámbito acababa de aparecer la obra de Jaume Torras, *La guerra de los Agraviados*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1967, que también inauguraba una trayectoria innovadora sobre los orígenes del carlismo en Cataluña.

⁴ Ignacio Peiró, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 77-80. Vid. también el artículo el presente dossier de este mismo autor “Autobiografía de una generación: España, años 80”.

implicó, en esta ocasión, una práctica continuista sino la apertura a la influencia de corrientes externas a la cultura profesional hegemónica hasta entonces en la academia española.

El carlismo alavés

Aquella investigación sobre el carlismo alavés en la segunda guerra fue publicada de inmediato por la Diputación Foral de Álava. El libro era manifiestamente novedoso⁵, de un lado porque estudiaba la última guerra civil del XIX en la menos conocida de las Provincias Vascas, Álava, y lo hacía reclamando mayor protagonismo para este territorio. Se apoyaba para sustanciar el interés por aquella circunscripción política en ideas procedentes de la escuela de Anales que le permitían poner en relación los condicionantes estructurales propios de la geografía con la coyuntura de los acontecimientos que habían tenido lugar durante el conflicto. En este sentido no extraña encontrar una referencia a Fernand Braudel en la primera página del libro; toda una declaración de intenciones.

Tras la definición del escenario, convencido del “correlato que existe entre los hechos bélicos y geográficos”, se planteó establecer la secuencia de los acontecimientos. Era consciente de que disponía de documentación nueva y de que podía ofrecer una visión inédita sobre el protagonismo que había tenido Álava durante la guerra, de modo que abordó, con una prosa vigorosa y nada acartonada, el relato de acciones militares que marcaron el protagonismo alavés entre 1870 y 1876.

Incidió, a continuación, en el importante papel que había desempeñado la Diputación Provincial de Álava, carlista, atribuyéndole el mérito de organizar el territorio en favor de la insurrección. Según su idea, el seguimiento carlista en Álava fue más el producto de la organización política que de la movilización espontánea. “Sin la población ni los recursos económicos que las demás provincias, decía, sin un solo guerrillero o mando militar de apreciable talla, sin que, a lo que parece, hubiera una adhesión aplastante del pueblo alavés a la causa carlista y con una geografía tan poco favorable a una guerra de mantenimiento, de guerrillas y hostigamiento continuo, el dominio carlista de Álava se explica por la firmeza y calidad de sus hombres de gobierno”, entre los que destacaban Rodrigo Ignacio de Varona y Francisco María de Mendieta, que se valieron de las Juntas Generales de la provincia como instrumento de acción sobre el territorio.⁶ Por eso dedicó atención al seguimiento de la labor de gobierno desempeñada por la diputación carlista alavesa tanto en sus aspectos políticos, propagandísticos y religiosos, como en los culturales y económicos.

Progresivamente los problemas analizados se iban desplazando de lo político a lo social. Aquí se encontraba la parte más novedosa de todo el trabajo. Dos fueron los ejes a través de los que desarrolló este objetivo. El primero de ellos consistía en el estudio los costes de la guerra, en su doble vertiente económica y social. El segundo fue el análisis de la composición sociológica de la militancia carlista teniendo como objetivo explicar las causas de la movilización.

⁵ Javier Ugarte ha realizado un análisis muy interesante del contexto intelectual en el que se inserta este libro y la primera producción de Aróstegui sobre el carlismo en “El carlismo y las guerras civiles del siglo XIX. La contribución de Julio Aróstegui”, en *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Editorial Complutense, 2009, pp. 53-68.

⁶ Julio Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, Álava, Diputación Foral de Álava, 1970, p. 105.

Economía y sociedad, en el planteamiento del joven historiador andaluz interesado por el marxismo y las propuestas históricas que de él se derivaban, formaban parte del mismo frente de ataque del pasado. De ahí que dirigiera su mirada hacia la economía de la guerra y a las repercusiones que esta tenía sobre la sociedad. Su intención había sido cuantificar el impacto económico del conflicto. “Lo definitivo en el estudio económico de la guerra carlista en Álava —decía— sería poder expresar en unas cifras absolutas, lo más exactas posible, la cantidad de dinero que pobladores y organismos públicos hubieron de invertir por causa de la lucha, o sea, la cantidad total de dinero que supusieron los gastos de la guerra por todos los conceptos”⁷. Ante la dificultad de conseguir este objetivo, consideró que las exacciones y suministros hechos en los pueblos podían ser un buen indicador para conocer, no solo la presión ejercida sobre la sociedad del conflicto, sino para identificar los grupos sociales sobre los que había recaído la mayor parte del peso. Esto suponía dejar a un lado el mito de una guerra idealista y profundizar sobre el carácter forzado de muchas de estas prestaciones que sirvieron para financiar la insurrección o para engrosar las filas del pretendiente. Empréstitos, multas, exacciones en dinero o en especie, requisas, redención de reclutas,... eran “factores que nos colocan más cerca del modo de vivir mismo de la población” y que ponían de manifiesto “la suspensión, o al menos la alteración, de un género de vida campesino ajeno en buena parte a las motivaciones del conflicto”⁸.

Completaba el estudio de estas acciones sistemáticas orientadas a la financiación organizada de la guerra con el análisis de todas aquellas otras que afectaban de manera homogénea a la economía del territorio. Se trataba de los embargos, destrucción o venta de bienes, bloqueo de rentas a propietarios y los daños personales a familiares de liberales comprometidos. A los cuales debían sumarse otras acciones de similar entidad desplegadas por los liberales en el territorio en disputa, que incluían destierros, destrucción o quema de cosechas, bloqueo del área rebelde, ventas de bienes en subasta, encarcelamientos y deportaciones a Cuba, etc. Todo ello terminaba por dibujar “el cuadro lleno de vida profundamente expresivo de la significación de la guerra para estas gentes, de las dificultades, los agobios, los sacrificios que para los pueblos alaveses, de vida campesina y pobre, representó esta obligación de alimentar a los ejércitos”⁹.

La parte final de la investigación, después de sentadas las bases militares y económicas del conflicto, estaba directamente orientada a profundizar en los aspectos sociales. Aquí el terreno era casi inexplorado, ya que las explicaciones sociales precedentes estaban fundamentadas en los relatos políticos del conflicto, pero no en un tratamiento sistemático de la información. Para abordar los apoyos sociales, Aróstegui separó el análisis de los cuadros militares y de la base armada. En sí mismo, esta doble vía de aproximación implicaba ya una tesis sobre la naturaleza del conflicto: la dualidad de componentes sociales, asumiendo la existencia de una élite y de una base de diversa procedencia. El carlismo, desde esta perspectiva, no era un todo social que se rebelaba contra el poder liberal, sino que existía una lógica interna de movilización que atribuía funciones y motivaciones diversas a los diferentes componentes sociales de las filas carlistas.

En la definición de los componentes sociales del carlismo alavés fue rotundo. Ninguno de sus cuadros dirigentes era de procedencia campesina. Los había militares, miembros de la burguesía acomodada y artesanos, también estudiantes, maestros o funcionarios, pero no campesinos. La base

⁷ *Ibidem*, p. 163.

⁸ *Ibidem*, p. 37.

⁹ *Ibidem*, p. 152.

social, sin embargo, si que estaba compuesta por elementos de origen rural, pero también había numerosos partidarios procedentes del proletariado urbano. Todo ello le permitía tomar posición en contra de una de las argumentaciones más seguidas del carlismo que lo caracterizaba como un fenómeno de naturaleza campesina.

Finalmente, Aróstegui se propuso llegar del análisis social de la militancia a las razones de la incorporación a las filas carlistas. Sin embargo, la heterogeneidad de procedencias, parecía indicar la ausencia de una motivación común que explicase la movilización. Si la tensión campo-ciudad no justificaba la guerra, tampoco podía explicarse únicamente a causa de la religión, ni tampoco de los fueros, ni como lucha de clases. Todos ellos eran factores presentes, que tenían relevancia en la explicación de la guerra, pero ninguno era determinante. Por eso acabó por considerar al carlismo, no como propuesta político-ideológica, sino como reacción, “una reacción conservadora, campesina y urbana” formulada en clave negativa, una reacción frente a “la situación de inseguridad, la profunda crisis institucional y unas especiales condiciones económicas”¹⁰. Desde esta perspectiva, el carlismo sería la “defensa de unas formas de vida que, lejos de estar caducas y superadas, permanecen vivas y operantes”. En definitiva, el carlismo, en su dimensión social, no era tanto un movimiento que se articulaba en torno a un ideario, sino “el vehículo de la protesta”.¹¹

Los orígenes del carlismo

El trabajo empírico realizado por Aróstegui sobre la segunda guerra carlista le llevó muy pronto a plantearse cuestiones sobre la naturaleza general del fenómeno carlista. Lo hizo en el marco de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas celebradas en Santiago de Compostela entre el 24 y el 27 de abril del año 1973. La aportación, que se apoyaba en una metodología cientifista, utilizaba expresiones inequívocamente marxistas y mostraba hondas preocupaciones conceptuales, aspiraba a sistematizar un modelo de estudio del carlismo.

Su intervención, titulada “El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles: formulación de un modelo”¹², comenzaba por señalar la confusión que el propio término “carlista” ofrecía para el análisis histórico, ya que fragmentaba un proceso de mayor amplitud temporal. Para él resultaba evidente que “*realistas*, *agraviados* y *carlistas* son manifestaciones secuenciales, o mejor, denominaciones no sustantivas para fenómenos integrados en un proceso único”¹³. Desde esta perspectiva, el legitimismo, aparecido con la muerte de Fernando VII en 1833, no transformaba sustancialmente la naturaleza del proceso ya iniciado con anterioridad. En realidad, “la relevancia máxima del carlismo se encuentra a nivel de conflicto social, sólo subsidiariamente como conflicto ideológico y menos aún como jurídico-político”¹⁴.

¹⁰ *Ibidem*, p. 306.

¹¹ *Ibidem*, p. 307.

¹² El texto sería seleccionado por Jordi Canal en su antología *El carlisme. Six estudis fonamentals*, Barcelona, L’Avenç, 1993, pp. 71-73 y ocupa, cronológicamente, el primer lugar entre aquel conjunto de trabajos que habían sido la base para una renovación de la historiografía sobre el carlismo.

¹³ “El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles: formulación de un modelo”, *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*, vol. 4, 1975, p. 226.

¹⁴ *Ibidem*, p. 226.

A partir de ahí defendió que el carlismo no había permanecido estático sino que evolucionó a lo largo del tiempo. Siguiendo con la idea de que era una respuesta a los cambios, explicó que el movimiento había mutado debido a las propias transformaciones experimentadas por su antagonista, el liberalismo, durante el mismo tiempo. Su carácter dialéctico le llevaba necesariamente a transformarse a medida que la situación contra la que se rebelaba también lo hacía.

Aquellas jornadas le permitieron plantear tempranamente diversas cuestiones pendientes en los estudios sobre el carlismo que serían objeto de interés durante mucho tiempo en investigaciones posteriores. En primer lugar la consideración del carlismo como respuesta a un cambio de orden socioeconómico. En segundo, la necesidad de estudiar la relación entre el carlismo y la implantación del régimen político liberal. También la conexión que existía entre el carlismo y los movimientos contrarrevolucionarios europeos. En cuarto lugar el estudio de los componentes sociales del carlismo sobre bases documentales firmes. Y, finalmente, explicar las mutaciones socioideológicas del grupo carlista.

Adelantaba también una de las razones por las que el carlismo sería central en los estudios sobre el XIX español de las décadas siguientes: el carlismo era un “elemento relevante” del período y proporcionaba “un artificio de explicación diacrónica de las reacomodaciones de los elementos del sistema, y de este con su ambiente”¹⁵. En este sentido, dejó establecidos algunos puntos básicos que derivaban, como hemos visto, de su propia investigación. Insistía en la falta de homogeneidad social del carlismo, lo que le permitía negar el carácter campesino del movimiento y, lo que era más importante, que fuese el resultado de la manipulación de los campesinos por el clero. Al mismo tiempo le reconocía un esfuerzo de “aggiornamento” que explicaba la atracción ejercida sobre grupos sociales que, con anterioridad, estaban fuera del carlismo. Defendía igualmente la existencia de una “estrecha dialéctica entre la progresión liberal y la respuesta carlista en una relación directamente comprobable”¹⁶. También tiene mucho interés su atención a los procesos de reacomodación que se habían producido en el carlismo tras los períodos de conflicto. Y, finalmente, reivindicaba la esencia social del fenómeno. Por eso, afirmaba, que “la problemática política ocupa en el carlismo un lugar de menor rango del que con frecuencia se le adjudica. A lo que el carlismo está verdaderamente ligado — explicaba— es a las transformaciones sociales que llevaba aparejadas la nueva economía liberal-capitalista”¹⁷.

La preocupación de Julio Aróstegui por definir globalmente al carlismo le llevó a replantearse la cuestión de los orígenes. Lo hizo con la excusa de terciar en una polémica que se había recrudecido al hilo de la reciente demostración de que el Manifiesto de la Federación de los Realistas Puros, que pasaba por ser el primer documento carlista, era apócrifo. Después de abordar el estudio formal y textual de este impreso difundido en 1826, no dudaba en situarse entre quienes lo consideraban un texto creado para producir un efecto de desestabilización. Fue otra oportunidad más para tomar distancia de los planteamientos de Federico Suárez, poner de manifiesto su error en la valoración del documento y, sobre todo, la inconsistencia de la tesis de que existía una corriente renovadora en la política española de principios del XIX que conduciría hasta el carlismo. “Si su texto hubiera sido

¹⁵ *Ibidem*, p. 230.

¹⁶ *Ibidem*, p. 235.

¹⁷ *Ibidem*, p. 235.

debidamente analizado, decía, podría haberse observado con facilidad que, mucho más que una declaración política, es una provocación”¹⁸.

Más allá de la polémica, Aróstegui aprovechó la oportunidad para continuar con su interés por definir los orígenes del carlismo. Insistía en la confusión que introduce, por su limitación temporal, el concepto *carlismo* y planteaba la necesidad de mirar sobre el realismo del trienio para encontrar los orígenes generales del movimiento. El realismo-carlismo del Trienio liberal tiene ya todos los elementos del carlismo, a excepción del legitimismo que incorporará en 1833. “Mi postura, afirmaba, es que *realistas, carlistas, agraviados* y sublevados por don Carlos, efectivamente, en 1833, son la manifestación de una misma realidad social y, por ende, la de una misma formulación ideológica, progresivamente enriquecida pero inmutable en su fondo”¹⁹. El grupo realista-carlista, por lo tanto, no había nacido de una escisión del fernandista, sino que procede de la línea principal del realismo desde 1823.

Por lo tanto, era una deformación analítica buscar carlistas, como tales, en períodos tempranos donde lo que caracterizaba a los realistas exaltados no es, precisamente, la reclamación de un trono para don Carlos. “Lo definitivo, a mi juicio, es la aparición de un *tercer partido*, o más bien, una simple élite, entre los antiguos liberales y realistas del trienio constitucional, potenciado por la propia postura del rey cuya variación en el periodo es evidente. A este partido puede dársele el nombre de *fernandista* y su presencia es constatable por lo menos hasta la aparición del Estatuto Real, si no más allá. El realismo representó especialmente una oposición a esta postura fernandista, como había representado la oposición al constitucionalismo en el trienio liberal”²⁰. En definitiva, el realismo-carlismo “fue siempre *exaltado*, en el más estricto sentido del término, intransigente, propicio a la reacción armada”²¹, y nunca hubo en este grupo voluntad de renovación, sino esencialmente, de reacción.

Los fueros y la contrarrevolución

Hasta aquí Julio Aróstegui no había tenido que enfrentarse a la cuestión de los fueros. Sin embargo, con motivo de su colaboración en la *Historia del Pueblo Vasco* se vio en la obligación de hacerlo, ya que estos eran el elemento central de uno de los relatos más difundidos sobre el arraigo del carlismo en las tierras vascas. “El carlismo y los fueros vasconavarros” (1979)²² es un largo texto donde repasaré el problema a la luz de las investigaciones económico-sociales más recientes. En él plantea la independencia entre la defensa de las antiguas leyes y el carlismo. “Foralismo y carlismo son, en efecto, hechos históricos unidos en un origen genérico, paralelos, estrechamente interrelacionados. Pero en modo alguno identificables”²³. El problema con los fueros había surgido en

¹⁸ Julio Aróstegui, “El manifiesto de la Federación de Realistas Puros (1826). Contribución al estudio de los grupos políticos en el reinado de Fernando VII”, *Estudios de Historia Contemporánea*, vol. I, 1976, p. 158.

¹⁹ *Ibidem*, p. 134.

²⁰ *Ibidem*, p. 176.

²¹ *Ibidem*, p. 180.

²² “El carlismo y los fueros vasconavarros”, en *Historia del Pueblo Vasco. Vol. III*, San Sebastián, Erein, 1979, pp. 72-135.

²³ *Ibidem*, p. 83.

el siglo XVIII a medida que el Antiguo Régimen iba llegando a su final y las necesidades de la monarquía exigían recursos que deterioraron el marco económico, social e institucional en el País Vasco y Navarra. “Todo parece indicar que el carlismo encontró en la defensa de los fueros vasconavarros un instrumento más, y formidable, en la lucha contra la revolución y, al tiempo, de adhesión mayoritaria de masas populares descontentas. Objetivamente, la defensa foral fue *instrumentalizada* por el carlismo en un cierto momento de su historia. Pero, a la larga, los resultados de este hecho fueron más allá de lo que los propios cuadros directivos del movimiento creyeron en principio”²⁴.

De hecho, el carlismo tardó en decidirse a utilizar el potencial movilizador que poseía la defensa de los fueros. En realidad, consideraba, que eran mucho más útiles los grandes principios de validez general que unificaran el movimiento en torno al monarca absoluto —Dios, Patria y Rey—, que los argumentos seguidos con entusiasmo en algunas zonas de la península pero de limitado alcance geográfico. Desde esta perspectiva, “las guerras civiles no pueden considerarse *guerras foralistas*”, porque no habían sido motivadas por los fueros. Sin embargo, estaban allí y tuvieron una presencia creciente en el discurso oficial a partir de la proclamación de la Constitución y, sobre todo, con motivo de los proyectos de paz que llevaron hasta el final del conflicto.

Para explicar esta compleja relación entre carlismo y fueros, Aróstegui recurrió a segmentar los comportamientos. De un lado las bases y, de otro, los cuadros dirigentes. Las bases proyectaron en el carlismo la expectativa de defender los fueros contra el deterioro que habían sufrido en los últimos tiempos. “Evidentemente, no se trataba, para estas masas, tanto de la defensa de algo tan abstracto como unas *veneradas leyes*, cuanto de la defensa de una ventajas inmediatas que aquellas consagraban: contribuciones, quintas, mayores precios y peores mercados, diezmos, etc., eran los peligros a rechazar y las masas fueron llevadas, seguramente, a identificar estas amenazas con la pérdida de los fueros”²⁵. Sin embargo, la élite dirigente del carlismo tenía una concepción más amplia del problema y solo se aproximó al tema foral de manera tardía para conseguir beneficios inmediatos. “Las miras políticas de los líderes desbordaban seguramente las miras propiamente vascongadas [...]. De ahí que, de manera programática, estos hombres prácticamente no *hablaran* de fueros”²⁶. Lo hicieron, eso sí, en la fase final de la guerra, cuando el tema era imposible de soslayar porque empezó a ser parte central en todos los proyectos de pacificación, lo cual, sin embargo, no desmentía la afirmación genérica de que “las guerras civiles [del XIX] no pueden considerarse *guerras foralistas*”²⁷.

El conjunto de aportaciones de Julio Aróstegui a la definición del fenómeno de carlismo se completa con otro texto aparecido con bastante posterioridad, “La contrarrevolución española en el contexto de la contrarrevolución en Europa”²⁸, que recoge su participación en el IV Symposium Internacional de Historia de la Masonería en España, celebrado en Alicante en septiembre de 1989. Desentendiéndose de la temática del congreso, lo que hizo fue desarrollar una profunda reflexión sobre los marcos conceptuales sobre los que se construye la historia y las implicaciones analíticas que

²⁴ *Ibidem*, p. 82.

²⁵ *Ibidem*, p. 113.

²⁶ *Ibidem*, p. 98.

²⁷ *Ibidem*, p. 82.

²⁸ “La contrarrevolución española en el contexto de la contrarrevolución en Europa” (1990), José Antonio Ferrer Benimelli (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1990, vol. 2, pp. 573-594.

estos tienen. Para él, la revolución española, más allá de que fuera burguesa o no, constituía una pieza central para la comprensión de los procesos que habían tenido lugar en el siglo XIX. Para explicar, en relación a ella, las resistencias a los cambios desatados durante este tiempo, el concepto *carlismo* quedaba muy corto. Bien es cierto que la forma más característica de reacción hispana había sido el carlismo, pero no todas las formas de resistencia a la revolución podían resumirse en él.

Por eso hacía una apuesta decidida por el concepto *contrarrevolución*. De ello, de su naturaleza morfológica, frente al concepto *liberalismo* que tomaba en consideración el resultado de un proceso, se derivaban algunas ventajas analíticas indudables. De un lado vincular la pluralidad de resistencias a un solo y gran eje explicativo, la revolución, con el cual se relacionaban dialécticamente a lo largo del tiempo. De otro, en coherencia con este carácter dialéctico, suponía aceptar que la contrarrevolución no era “mera resistencia a la modernización en función de la conservación de un cierto mundo caduco, condenado por la evolución de las fuerzas y relaciones de producción, que es incapaz de crear sus propias alternativas y de elaborar una visión ideológica de su situación que no esté construida sobre los mismos elementos de lenguaje y conceptualización que las capas establecidas le facilitan”²⁹. Usar el concepto contrarrevolución permitía, además, romper con el argumento de la excepcionalidad integrando la explicación de la resistencia española en el marco de interpretación de los fenómenos contrarrevolucionarios que atravesaron la Europa del momento. La contrarrevolución permitía integrar como parte de lo mismo las dos vertientes del fenómeno, la corriente intelectual y el movimiento social, aunque no existiera una conexión directa entre ambas, sobre todo en su vertiente insurreccional, cuyo fundamento en la teoría resulta difícil de demostrar. Finalmente, la comparación con el fenómeno contrarrevolucionario europeo le llevaba a identificar las particularidades españolas, fundamentalmente dos: que la contrarrevolución había sido casi exclusivamente legitimista y que había tenido mayor duración que en cualquier otro país europeo.

En este texto, además, había otros muchos elementos cargados de interés, como una temprana puesta en cuestión de la utilidad del concepto de “clase” para la interpretación de los movimientos contrarrevolucionarios, una reivindicación de los movimientos “que no representan el futuro en perspectiva histórica” o la propuesta de que si en España la *revolución burguesa* había sido débil y contradictoria, y la reacción, contundente y duradera, tal vez “fuera útil seguir pensando que cuando las revoluciones son débiles las contrarrevoluciones son fuertes”³⁰. Paradójicamente, el trabajo en el que Aróstegui hacía una formulación más acabada y ambiciosa del marco de interpretación del carlismo, fue el último que dedicó al siglo XIX.

Antonio Pirala

Desde el comienzo de su trabajo de investigación, Julio Aróstegui había tenido que vérselas con Antonio Pirala, el historiador por excelencia de las guerras carlistas del siglo XIX³¹. La obra

²⁹ *Ibidem*, p. 578.

³⁰ *Ibidem*, pp. 580 y 591.

³¹ Pedro Rújula, “Antonio Pirala y la Historia Contemporánea”, en *Vindicación del general Maroto*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2005, pp. I-CXXXIII.

dedicada por este autor a la segunda guerra carlista, *Historia Contemporánea. Anales desde 1843*³², se había convertido en una pieza básica para la documentación de su tesis doctoral, lo que le había servido para formarse una idea de las características de aquel escritor de historia, “contemporáneo liberal, inteligente y aceptablemente ecuánime”, cuyo trabajo sobre el Ochocientos consideraba “insustituible en su conjunto”³³. Convencido de su relevancia historiográfica, apoyará la reedición de la primera gran obra de este autor dedicada a las guerras carlistas, tal vez la primera gran obra sobre el tema concebida desde una perspectiva histórica, un auténtico prodigio de erudición y un ejemplo de proyecto editorial orientado hacia el lector burgués que se estaba consolidando hacia mediados del siglo XIX. Se trata de la *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, recuperada por Historia 16 y la editorial Turner casi un siglo después de su última edición, la tercera, aparecida entre 1889 y 1891.

Aróstegui realizó en esta edición³⁴, que constaba de 6 volúmenes, un estudio introductorio donde fijaba, por vez primera, la atención sobre Antonio Pirala como historiador, le situaba en el panorama de la cultura del siglo XIX y definía su forma de abordar el pasado inmediato. Para él Pirala era, fundamentalmente el autor de *Historia Contemporánea*, de ahí que no dudara en calificarlo de “analista”, ya que esta obra está, esencialmente, concebida como una secuencia cronológica bien arropada de información y documentos. Tampoco dudó en definir su forma de abordar la historia como “positivista *avant la lettre*” dada la enorme importancia que atribuía a la documentación como la única base sólida para la construcción del edificio de la Historia. Todo ello adquiriría verdadera relevancia en el campo de la Historia Contemporánea, entendida de una forma que solo Pirala se había atrevido a plantear, es decir, el estudio de los hechos históricos recientes.

Publicista, escritor profesional, “amalgama de periodista, erudito y comentarista de actualidad” con una “limitada formación filosófica y teórico-política”, si embargo, Aróstegui consideraba que no había sido “un simple ensamblador de documentos”, sino un hombre excepcionalmente dotado para el manejo riguroso de grandes volúmenes de valiosa información en torno a un discurso cronológico, lo que hacía sus obras indispensables para el estudio de los períodos que abordó. Destacaba, además, dos de sus principales características. Una, que nunca trató más que de Historia “contemporánea” en sentido estricto, ya que fue coetáneo de casi todo lo que escribió. Y la otra, que fue un “documentalista”, es decir que no concibió su obra como testimonio personal, sino como autor de una descripción de la realidad política inmediata que aspiraba a alcanzar tanta neutralidad como si fuera un documento. “En ambas facetas, la estricta coetaneidad y el ‘documentalismo’, residen, a nuestro modo de ver, los rasgos que hacen de Pirala un publicista singular e importante en la literatura historiográfica del siglo pasado, y más que quedar definido por cada uno de esos rasgos de manera aislada, lo que define su personalidad intelectual es, justamente, la conjunción de esos dos elementos en el análisis histórico-político”³⁵.

³² Antonio Pirala, *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil. Por D...*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1875-1879, 6 vols. Existen dos ediciones posteriores publicadas entre 1891-1895 y 1906-1907.

³³ Julio Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil...*, *op. cit.*, pp. 107 y 241.

³⁴ “Antonio Pirala en la Historiografía española del siglo XIX”, estudio preliminar a Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partido liberal y carlista* [1853-1856], Madrid, Turner, 1984, 6 vols., pp. VII-LXVIII.

³⁵ *Ibidem*, p. XI.

Planteándose las razones por las que un publicista y escritor de historia como Pirala podía seguir interesando a finales del siglo XX afirmaba que era por su “extraordinaria riqueza y seguridad de su información, el esfuerzo —cuando no el logro— objetivador, una escritura por lo general tersa, directa, pegada al hecho y casi enteramente libre de la farragosa retórica de tantos escritos del XIX, con lo que Pirala acomete una narración que va destinada a un público más ávido de saber cosas que reflexiones sobre las cosas”³⁶.

En definitiva, Pirala permitió a Aróstegui trenzar muchas de las preocupaciones que habían ocupado su actividad investigadora, o que le ocuparían en el futuro. Las resumiré en tres. El valor que siempre dio a la sólida documentación en la construcción de una obra histórica. El interés por los aspectos teóricos y metodológicos de la historia que, a través de Pirala, pudo estudiar en los momentos germinales del oficio³⁷. Y el descubrimiento de que había un historiador que, ya en el siglo XIX, no tuvo miedo a convertir el pasado inmediato —la Historia Contemporánea, en expresión de Pirala, o la Historia del presente, como la denominaríamos hoy— en objeto legítimo del interés del historiador³⁸.

Síntesis

A finales de los 70 y comienzos de los 80, Julio Aróstegui se había convertido ya en un especialista reconocido en el tema del carlismo. No es de extrañar que la revista de divulgación histórica que por aquellas fechas trataba de consolidarse abriendo el mercado de los lectores de historia y haciendo accesibles las investigaciones y los autores de referencia, *Historia 16*, recabase su colaboración. Coordinaría en ella uno de sus dossiers titulado “Los carlistas. Ciento cincuenta años de lucha”, con textos de Martin Blinkhorn, Juan Manuel de la Torre Acosta y Manuel Fernández Cuadrado, y redactaría la introducción y el primero de los textos “Los Carlistas: años de oro y sangre”³⁹. Allí planteaba, ante un público no especializado, una visión amplia del carlismo apoyada en muchos de los problemas que habían guiado hasta entonces su investigación.

Por aquellas mismas fechas también sería llamado a colaborar en el volumen XXXIV de la *Historia de España* dirigido por Ramón Menéndez Pidal, una obra de enorme prestigio que, a pesar de la mención de cubierta, dirigía el catedrático de Historia Universal Contemporánea de la Universidad de Madrid, José María Jover, quien también era el responsable del volumen. Jover había formado parte del tribunal de tesis de Julio Aróstegui una década atrás y, conocedor de su preocupación por la dinámica global del carlismo, le encargó, para la entrega que cubría el período 1834-1874, es decir la época isabelina y el sexenio revolucionario, una síntesis sobre las guerras carlistas.

³⁶ *Ibidem*, p. XVII.

³⁷ Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995.

³⁸ Julio Aróstegui, “Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pp. 15-18 o, el más reciente, *La historia vivida: sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

³⁹ “Los Carlistas: años de oro y sangre”, *Historia 16*, 13 (1977), 64-70. La introducción llevaba por título “‘Carcas’ y ‘guiris’: la génesis del carlismo”, *Historia 16*, 13 (1977), pp. 57-63. Los textos serían retomados con ocasión de una publicación exenta titulada *Los carlistas*, Madrid, Historia 16, 1985.

“El carlismo y la guerra civil”, título del capítulo, se ocupa solamente los años de la primera guerra carlista, pero fue una ocasión óptima para actualizar y sistematizar muchos de los planteamientos que había ido definiendo en los trabajos anteriores. Así pues, comenzaba por afirmar que el carlismo era mucho más que un fenómeno social derivado de un problema dinástico. “En realidad, el conflicto solo puede ser explicado satisfactoriamente en el contexto de un proceso histórico de mucha más amplitud que el abierto con la sucesión inmediata del rey Fernando, cuyas características primordiales deben buscarse en el enfrentamiento de poderosos intereses representados por viejos o nuevos grupos sociales de la España del primer tercio de siglo”⁴⁰. La guerra civil, que marcaba la presencia del carlismo en buena parte del siglo XIX, había que entenderla dentro del proceso de revolución burguesa. De este modo rompía con cualquier intento de explicar el fenómeno en clave nacional. Conflictos civiles de este tipo habían tenido lugar, con cronologías variables, a lo largo de Ochocientos en muchos otros países europeos. El componente legitimista no era, por lo tanto, lo determinante en la caracterización del fenómeno, sino su condición de movimiento de resistencia contrarrevolucionaria.

Las ideas están en este texto muy depuradas y fluyen una tras otra definiendo las características del campo de estudio. Como marco general comenzaba por establecer dos planteamientos. El primero era que existía una relación dialéctica entre revolución y contrarrevolución, lo que hacía que la evolución del carlismo estuviera vinculada a la de su antagonista. El segundo, que se trataba de un fenómeno que no avanzaba de forma lineal, sino que tenía una evolución en el tiempo que le dotaba de complejidad, tanto en sus componentes sociales, como en sus ingredientes ideológicos o políticos.

A esto añadía diversas consideraciones sobre el fenómeno que lo delimitaban en clave negativa. El carlismo no debía ser interpretado como un episodio marginal a la historia, sino como una opción política y social que supuso un verdadero desafío al liberalismo. Por otro lado, afirmaba, que el análisis de sus componentes y de sus motivaciones no permitían considerarlo un movimiento de clase. En tercer lugar, carecía de una ideología única, lo que había sido una de las claves de su éxito al servir de aglutinante a diversos grupos contra la revolución liberal-burguesa. También negaba, por simplificadora, que pudiera explicarse como una respuesta contra el proceso desamortizador. En quinto lugar, defendía que el carlismo no era, como había asegurado la historiografía liberal, un mero fenómeno de manipulación de las clases populares rurales por el clero. Finalmente, insistía en que no había afectado de manera general al conjunto de la monarquía, sino que había arraigado en algunos territorios —el País Vasco, Navarra, Cataluña y Bajo Aragón y norte de Valencia— donde había que buscar la lógica de la movilización. Todas estas ideas, formuladas en términos negativos, le llevaban a afirmar que el carlismo no se definía tanto por sus postulados ideológicos como sino por su capacidad de aglutinar distintos argumentos de contestación.

Esta consideración del carlismo como reacción le permitía encajar el espinoso tema de los fueros como resistencia frente a una agresión del régimen capitalista contra las instituciones y tradiciones en los territorios forales. Y también, sentar las bases para una interpretación de la compleja y, muchas veces contradictoria, extracción social de sus partidarios, “ producto de una alianza entre clero, capas diversas del campesinado y del artesanado urbano, mientras que al nivel de los cuadros directivos se integrarán en ellos una amplia porción de pequeños notables rurales, incapaces de

⁴⁰ “El carlismo y la guerra civil”, *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)*, vol. XXXIV de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, p. 73.

reacomodación, otra no menos importante procedente de una milicia hipertrofiada como derivación directa de las diversas crisis bélicas de comienzos de siglo, cuyo punto de partida se encuentra en la Guerra de la Independencia y, en fin, un muy limitado número de intelectuales, clérigos o no, antiilustrados, de extracción burguesa a veces, y que irá aumentando a lo largo del siglo”⁴¹. Buena muestra, todo ello, de la consideración del carlismo como “alianza contrarrevolucionaria” que había alcanzado su fuerza durante el siglo por ser, fundamentalmente, “una expresión de resistencia”⁴².

También en clave de síntesis abordó la obra *El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas* (2003)⁴³, un encargo editorial que había recibido de La Esfera de los Libros. Decidió acometerlo con la colaboración de dos historiadores más jóvenes sobre los que, de un modo u otro, se había dejado notar su influencia. Al primero de ellos, Eduardo González Calleja, lo conocía bien por haber dirigido su tesis doctoral sobre la paramilitarización y las milicias en la España de los años 30⁴⁴, y a quien consideraba “nuestro mayor experto en la historia de la violencia política en España”⁴⁵. En cuanto a Jordi Canal, por entonces era ya el principal especialista en el tema del carlismo, había desarrollado con éxito algunas de las tesis apuntadas por Aróstegui sobre los procesos de modernización de los movimientos contrarrevolucionarios y la limitación de los análisis socio-económicos en la explicación del fenómeno carlistas, y era autor de una síntesis de referencia que, todavía hoy, no ha sido superada, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*⁴⁶.

Aróstegui se responsabilizó, además de alguno de los capítulos intermedios, de los textos que enmarcaban el contenido de la obra. En su labor de definición del fenómeno carlista se apoyó decididamente en el concepto de “contrarrevolución” como referencia general para el estudio del carlismo. De la historia del fenómeno afirmaba que no era ni sencilla, ni homogénea, ni invariable, ni marginal, “longevo, pero no monolítico”, peculiar aunque dentro de las tendencias europeas, que había disfrutado de conexión con las masas,... es decir, muchas de las ideas que había venido definiendo en sus trabajos anteriores. Lo verdaderamente interesante, por lo tanto, no era esto, sino la incorporación de algunos elementos novedosos, producto tanto de la lectura de la producción historiográfica reciente sobre el carlismo que había eclosionado en los años precedentes, como del diálogo intelectual con los dos autores corresponsables de la obra.

En este sentido cabe señalar algunas importantes novedades. En primer lugar la incorporación de la Guerra de la Independencia como el tiempo en el que se hunden las “raíces” del fenómeno carlista. “Los primeros carlistas —afirmará— fueron de hecho los continuadores y herederos del grupo político que había mostrado en las Cortes de Cádiz su oposición a la nueva ideología liberal, el de los partidarios de la conservación de las instituciones e ideas que conformaban el absolutismo monárquico

⁴¹ *Ibidem*, p. 80.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los libros, 2003, en colaboración con Jordi Canal y Eduardo González Calleja.

⁴⁴ *La radicalización de la derecha durante la Segunda República. 1931-1936. Violencia política, paramilitarización y fascistización en la crisis española de los años treinta*, Universidad Complutense de Madrid, 1989.

⁴⁵ Julio Aróstegui, “Prólogo” a Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 15.

⁴⁶ Jordi Canal, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

y el viejo régimen social”⁴⁷. Por otro lado se aprecia un distanciamiento de sus tesis iniciales que negaban los estrechos vínculos entre campesinado y carlismo, aceptando que en sus primeros tiempos el movimiento había tenido arraigo fundamental en este medio. En tercer lugar, se aprecia una intensificación de los aspectos relativos a la violencia política y a la guerra civil en la España contemporánea, en consonancia con algunas de las aportaciones de Eduardo González Calleja. Subrayaba, en esta dirección la tradición insurreccional del carlismo como una parte esencial de su naturaleza y las guerras civiles protagonizadas por los legitimistas como un elemento central para entender el proceso de implantación de la sociedad y el estado liberales. Al mismo tiempo incorporaba en la secuencia explicativa del carlismo la guerra civil de 1936, aunque marcando distancias con las del siglo XIX y negando su condición de guerra carlista. Finalmente, en coincidencia con los planteamientos de Jordi Canal, adquirirían relevancia los aspectos culturales del carlismo, abundando expresiones como “cultura política”, “formas culturales”, “cultura insurreccional”, “cultura de la violencia”, “cultura urbana”, “formas simbólicas”, “formas de vida”, “creencias particulares”, “comunidad rural antigua”, etc. que remitían a factores culturales de larga duración y permitían explicar mejor algunos de los aspectos más complejos del carlismo. “No cabe duda —decía— de que durante muchas décadas ha existido una ‘cultura’ específica que ese imaginario popular ha identificado con el carlismo, ligada a la percepción común de cualidades tan dispares y contrastadas como la de la perseverancia, la intolerancia, la belicosidad, la lealtad y la intransigencia, y ello ha generado también sus propias formas de sociabilidad”⁴⁸.

Guerras civiles

Desde el inicio de su trayectoria investigadora, la guerra civil había constituido el eje central del trabajo de Julio Aróstegui. Su interés sobre el tema se había orientado a comprender el fenómeno en su lógica interna y alejarse de aquellas interpretaciones que aspiraban a convertirlo en una excepcionalidad antropológica hispana. “Cierta historiografía extranjera, afirmaba en este sentido, ha creído encontrar en las guerras civiles españolas un especial paroxismo en el enfrentamiento de grupos ideológicos; un ensañamiento hasta patológico de los antagonismos sociales que caracterizaría nuestros conflictos internos contemporáneos. Tal afirmación carece de base [...]. En realidad, las tensiones sociales y sociológicas que una guerra civil plantea son, salvadas las distancias, iguales en todos sitios y seguramente épocas. Resulta ingenuo o malévolo intentar definir particularidades temperamentales que nos distinguan en este sentido”⁴⁹. Ni siquiera consideraba que todos los conflictos civiles que habían jalonado la historia contemporánea española respondieran a un mismo patrón, marcando la distancia que había entre los que habían tenido lugar en el Ochocientos y el que había puesto fin a la II República. “Las guerras del siglo XIX no son las del XX y concretamente las guerras carlistas no pueden ser entendida como procedente de la de 1936”⁵⁰.

A comienzos de los años 80 Julio Aróstegui había ampliado el arco cronológico de su investigación y estaba trabajando sobre esta última guerra civil. No obstante, no dejaría de lado su

⁴⁷ Julio Aróstegui, Jordi Canal y Eduardo G. Calleja, *El carlismo y las guerras carlistas...*, *op. cit.*, p. 31.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 233.

⁴⁹ Julio Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil...*, *op. cit.*, p. 173.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 237.

interés por el carlismo, sino que lo incorporó en el nuevo contexto. Lo hizo con un artículo inicial publicado en la revista *Sistema*, “El voluntariado de Navarra en el ejército de Franco 1936-1939”⁵¹, y, de manera mucho más decidida, un tiempo después, con otro titulado “El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, aparecido en *Arbor*⁵². En este último analizaba los planes carlistas para llevar a cabo un levantamiento militar y las tensiones que se produjeron hasta el último momento con el general Mola. Al hilo de la aparición de nueva documentación procedente del archivo Fal Conde y de la relectura detallada de las fuentes ya conocidas, Aróstegui realizó una nueva interpretación del papel que habían jugado los carlistas, corrigiendo algunas versiones y apostando por una revalorización de su estrategia insurreccional. Defendía aquí que el carlismo había mantenido un proyecto insurreccional independiente del militar prácticamente hasta el último momento, y que solo entonces, ante el riesgo de una fractura interna, y de la imposibilidad de controlar el comportamiento de los partidarios en algunos territorios como Navarra, donde los jefes locales habían llegado a acuerdos con los militares, se produjo el apoyo al levantamiento militar. La integración en un movimiento insurreccional que no dirigían supuso asumir el riesgo de un “suicidio político” que se hizo realidad con la muerte del general Sanjurjo, en quien los legitimistas habían depositado la confianza de ver recogidos sus principios el día de la victoria.

Había en estos textos sobre el carlismo en el contexto de la guerra civil del 36 un tono de vindicación del protagonismo de los tradicionalistas en la insurrección que se apoyaba en nueva documentación y un mejor conocimiento de los hechos que también estará presente en *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*⁵³. La obra había sido galardonada con el premio Luis Hernando de Larramendi en su primera edición, lo que de forma muy oportuna le permitía a la fundación del mismo nombre fortalecer con el “prestigio personal y profesional” de Julio Aróstegui una convocatoria anual que tenía por objetivo la “promoción de la Historia del Carlismo”⁵⁴ y que ha venido celebrándose desde entonces con desiguales resultados⁵⁵. La historia de esta obra era larga. Francisco Javier Lizarza y Ángel Lasala, dos antiguos militantes del carlismo, habían iniciado en los años 50 el estudio del papel desempeñado por las fuerzas tradicionalistas en la guerra civil, pero el proyecto no llegó a buen puerto. Siguiendo el consejo de Stanley G. Payne, Lizarza entró en contacto con Julio Aróstegui y este, entre los años 1975 y 1980, pudo trabajar con la documentación que aquellos habían reunido. En ese momento existían nuevos archivos que comenzaban a ser accesibles, fundamentalmente los militares, y el proyecto podía tomar nuevo impulso. Sin embargo, como afirma el propio Aróstegui, “la empresa no pasó en los primeros años ochenta de la redacción de alguna de sus partes, en concreto de los precedentes del asunto en la época republicana de preguerra y de los esquemas generales de los historiales de las unidades militares creadas por el Carlismo”⁵⁶.

⁵¹ “El voluntariado de Navarra en el ejército de Franco 1936-1939”, *Sistema*, 47 (1982), pp. 77-110. Un poco antes había entrado ya en el siglo XX con una recopilación de texto del político carlista Vázquez de Mella, *Una antología política*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 1999.

⁵² “El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, *Arbor*, 491-492 (1986), pp. 27-76.

⁵³ *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, Aportes, 1991, 2 vols.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁵⁵ Entre los galardonados cabe señalar algunos trabajos como los de Julio Montero, José Ramón Urquijo, Antonio Moral Roncal o Esperanza Carpizo. http://www.larramendi.es/i18n/cms/elemento.cmd?idRoot=estaticos&id=estaticos/paginas/coleccion_larramendi.html.

⁵⁶ *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*, op. cit., vol. I, p. 23.

El proyecto parecía condenado a naufragar una y otra vez, pero Aróstegui no desistió de la idea de llevarlo a la imprenta, consciente de que aquella era una obra colectiva cuya publicación sería una forma de hacer justicia al trabajo realizado por los iniciadores de la empresa y, también, a la pasión que les había inspirado. El historiador profesional se pone, ya en los 90, al frente de una investigación que había nacido del entusiasmo militante, la apuntala con eficacia, la reestructura y fundamenta, convencido de su aportación documental y de la posibilidad de contribuir a la historiografía con nuevos planteamientos y contenidos. Aunque seguiría defendiendo que “esa Historia del Carlismo en la crisis de los años treinta sigue sin escribirse”, aquel libro aspiraba a ser una “introducción a la historia social de un grupo político en la guerra civil” con voluntad de “verdadera objetividad, superando las historia ‘de militantes’, y constituyéndose como una tarea de plausible objetividad en el terreno historiográfico”⁵⁷.

Estaba decidido, por lo tanto a poner fin a la etapa “del cultivo de los mitos con incierta apoyatura informativa”⁵⁸ y, sin embargo, el trabajo no había perdido el carácter de homenaje a los requetés que le había dado origen, lo que le obligaba a explicar su espíritu, entre la sensibilidad de los partidarios y el rigor del científico, en estos términos: “no se ha pretendido con esta historia, en manera alguna, un homenaje a quienes tomaron las armas para romper más una sociedad ya con profundas rupturas. Su sentido es otro. Es, más bien, un homenaje a los esfuerzos por comprender por qué sucedieron aquellas cosas. Y lo es, homenaje, decimos, a quienes siempre se han preocupado por mantener vivos los signos de la memoria colectiva, que en todas las ocasiones enseña, por más que sea trágica”⁵⁹.

En el plano de las realizaciones, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española* era una prolongación de las historias del carlismo que solían quedar interrumpidas en el umbral de 1936. Suponía, por lo tanto, la primera obra de conjunto sobre la intervención carlista en la guerra civil, lo que contribuía al mejor conocimiento, tanto del conflicto, como de “una de las fuerzas que más contribuyeron a dar sus peculiares caracteres al enfrentamiento, la fuerza del viejo Carlismo, la más antigua de las agrupaciones políticas española existentes en los años treinta, sujeta, por lo demás en aquellos mismos años, a una de las más espectaculares renovaciones de pensamiento y organización por la que hubiera pasado grupo político alguno”⁶⁰.

El trabajo estaba planteado sobre la hipótesis de que, a pesar de que la contribución carlista en hombres había sido relativamente pequeña en comparación con la de Falange, su aportación había sido estratégicamente decisiva porque se había producido en momentos vitales para la sublevación⁶¹. El carlismo había puesto de manifiesto la “extraordinaria vitalidad de las posiciones sociopolíticas que representaba” y “la capacidad para retomar una vieja tradición militar” a través de una organización paramilitar como el Requeté” y, sin embargo, “la contribución carlista al triunfo frente a la República nunca tuvo una adecuada compensación ni política ni social en la construcción del nuevo Régimen”⁶². Aquí es donde el interés del historiador por la reconstrucción del protagonismo histórico de los carlistas

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 24 y 32.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 32.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 24-25.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 17.

⁶¹ *Ibidem*, p. 40.

⁶² *Ibidem*.

en la guerra civil coincidía con algunas reclamaciones que se habían escuchado tradicionalmente en diversos sectores del carlismo.

La investigación tuvo que superar el gran problema metodológico que había bloqueado hasta el momento el proyecto, que no era otro que la dificultad de historiar unas unidades cuya denominación arbitraria no hacía referencia a su verdadera entidad numérica ni organizativa dificultando en extremo su seguimiento. “El problema más importante que presenta el intento de escribir una aceptable historia de la participación demográfico-militar del Carlismo en los tres años de guerra civil, estriba en la dificultad de seguir el rastro de una masa de voluntarios identificados con su militancia política pero que se integran en unas estructuras militares cuyo nacimiento fue muchas veces arbitrario, que evolucionaron rápidamente y que dejaron en sus primeros tiempos un escaso o intrincadísimo y contradictorio rastro documental”. No obstante había prevalecido el interés de la enorme “aportación documental” que suponía la obra por encima de las dificultades de conseguir “explicación secuenciada y coherente de lo que significó esta presencia del grupo político carlista en el conflicto armado”⁶³.

Desde el punto de vista histórico, el valor del estudio estaba en ahondar en uno de los aspectos centrales de la guerra civil, la “incorporación humana masiva [...] a través del armamento de masas de procedencia civil” y el dominio del “tipo de combatiente voluntario incorporado de manera espontánea sobre el soldado regular”⁶⁴. Es decir, el protagonismo de las milicias entre los combatientes, un fenómeno poco conocido y que en el ámbito del carlismo adoptó la denominación de requetés. Surgía aquí un tema que ya había sido tratado con ocasión de las guerras carlistas: el del voluntariado. Consideraba Aróstegui que en la guerra de 1936-39, podía hablarse, por primera vez, de un verdadero voluntariado. “En las unidades carlistas creadas en esta última guerra —afirma— los combatientes fueron en su práctica totalidad voluntarios. Lo que no es cierto de las guerras del siglo XIX”⁶⁵.

En definitiva, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española* nació como una primera aportación documental y limitada sobre la participación del carlismo en la guerra civil, con vocación de no quedarse en los aspectos militares sino transmitir la dimensión social del fenómeno. Tenía como centro, ciertamente, la historia de las unidades carlistas en la guerra civil, pero no pretendía ser una historia propiamente militar. Hubiera deseado que fuera una historia total de las milicias carlistas, pero aceptaba limitar el alcance a los contenidos socio-militares, es decir, a “la aportación de combatientes, la historia de las unidades y la de la organización de guerra del Carlismo”⁶⁶.

El libro, aparte de las características ya señaladas, anticipaba una cuestión que iba a ser clave en la construcción histórica de la guerra civil española en los años siguientes a su publicación: el diálogo entre conocimiento histórico y memoria política de grupo. Eso, y el hecho de que ninguna publicación posterior haya superado el planteamiento global que se había propuesto, hizo que la obra se mantuviera vigente. Su relevancia como referencia científica sobre el carlismo en la guerra civil se hizo evidente en 2010, cuando apareció, con enorme éxito entre lectores afines al tema, el libro de

⁶³ *Ibidem*, p. 37.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 26.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 32.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 24 y 29.

Pablo Larraz Andía y Víctor Sierra-Sesúмага, *Requetés. De las trincheras al olvido*⁶⁷. Vistas una junto a la otra parecían las dos caras de una misma moneda: el esfuerzo positivo frente a la pasión; la erudición exigente frente a la memoria; el método frente a la agregación de testimonios parciales. Por su condición de contrapunto erudito a la obra de Larraz y Sierra, que reunía el fruto de la memoria partidaria y la experiencia, surgió la posibilidad de realizar una nueva edición del libro de Aróstegui, corregida, aumentada, anotada y acompañada de numerosas ilustraciones. Era la oportunidad para reparar algunas deficiencias formales que aquejaban a la obra de 1991, pero también para actualizar el texto e incorporar algunas aportaciones que se habían hecho durante aquellos años en el campo de la historia de la guerra civil.

La obra, aparecida en 2013 con el título *Combatientes Requetés en la guerra civil española (1936-1939)*, es sustancialmente la misma. Conserva su estructura original y buena parte del texto. Sin embargo ha sido considerablemente actualizada, prolongando los apartados con las referencias más recientes sobre el tema, tanto en el plano documental como en el historiográfico. Especial relevancia tiene la parte, en este caso nueva, destinada a estudiar los orígenes del requeté, etapa nebulosa y poco conocida, fundamental para comprender el papel jugado por las fuerzas tradicionalistas en el guerra civil. Eso le permitió al autor insistir en uno de los planteamientos ya característicos de su obra y, además, aportar otros nuevos. Entre los primeros encontramos muy fundamentada la idea de la larga duración del carlismo, subrayando la persistencia de una tradición militar que llega desde el siglo XIX, y también la capacidad histórica de los legitimistas para conectar políticamente con las clases populares, lo que les situaba en una posición adelantada respecto al fenómeno de las milicias políticas características de la Europa de entreguerras.

Aquí comienza la aportación más relevante sobre la primera redacción de la obra. A partir de los estudios realizados por autores como Eduardo González Calleja sobre el fenómeno de las organizaciones paramilitares, Aróstegui se esfuerza por desentrañar los orígenes históricos del Requeté. Lo hace primero siguiendo el uso de la palabra, intermitente y ambiguo, y más tarde desde la organización de fuerzas de acción vinculadas al partido. No elude la vinculación del carlismo con la aparición en Cataluña de los Sindicatos Libres en el violento contexto de finales de la segunda década del siglo XX, ni su amplia participación en los cuerpos del Somatén que se extendieron durante la Dictadura de Primo de Rivera. Especial atención recibe el proceso de reorganización del carlismo, desde posturas radicales, con la proclamación de la II República cuando, pese a ser la más antigua fuerza política en liza, iba manifestarse como “la primera y más eficiente a la hora de dotarse del aparato paramilitar que las nuevas formas de la política de entreguerras trajeron a primer plano entre aquellas corrientes enfrentadas al viejo liberalismo, desde el fascismo y movimientos afines hasta el comunismo”⁶⁸. Especial relevancia adquiere la figura de Manuel Fal Conde, partidario de “desarrollar una fuerza política más militante, agresiva e intransigente, transformando la Compañía en un partido de masas perfectamente encuadradas en secciones especializadas que actuarían bajo control centralizado”⁶⁹, cuyas pretensiones chocaron con la vieja guardia jaimista encastillada en sus cargos regionales y locales. En esta fase final, próxima a la sublevación de julio del 36, Aróstegui realiza un gran esfuerzo por discernir entre las cifras de movilización que han alimentado tradicionalmente la

⁶⁷ Pablo Larraz Andía y Víctor Sierra-Sesúмага, *Requetés. De las trincheras al olvido*, Madrid, La Esfera de los Libros-Fundación Hernando de Larramendi, 2010.

⁶⁸ *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013, p. 72.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 80.

épica del carlismo —procedentes de una “abundante hagiografía y mitología que solo cede en intensidad ante la falangista”— y la información realista sobre la verdadera entidad de la organización. Todo ello culmina con un detallado estudio de la conspiración, que ya había sido objeto de interés anterior del autor⁷⁰, subrayando la idea de que el carlismo mantuvo un proyecto insurreccional independiente hasta los días inmediatos de la sublevación militar.

En resumen, *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)* mejora sustancialmente a la primera edición de la obra, tanto en los aspectos formales, como en la formulación más amplia y completa de sus argumentos contextuales, y se convierte en la versión definitiva, algo en lo que no ha tenido poco mérito el profesor Jesús Martínez Martín que asumió la labor de llevar a la imprenta este original que el profesor Aróstegui no alcanzó a dar por finalizado. Tal vez la magnífica edición en un solo volumen de este libro, pieza indispensable para el conocimiento de una de las fuerzas políticas relevantes en el conflicto civil del 36, sea un digno colofón a una trayectoria historiográfica como la de Julio Aróstegui que, desde sus inicios tuvo al carlismo como un común denominador de sus investigaciones.

BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA DE JULIO ARÓSTEGUI SOBRE EL CARLISMO

El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876, Vitoria, Diputación de Álava, 1970.

“El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles: formulación de un modelo”, *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*, vol. 4, 1975, pp. 225-240.

“El manifiesto de la Federación de Realistas Puros (1826). Contribución al estudio de los grupos políticos en el reinado de Fernando VII”, *Estudios de Historia Contemporánea*, vol. I, 1976, pp. 119-185.

“‘Carcas’ y ‘guiris’: la génesis del carlismo”, *Historia* 16, 13 (1977), pp. 57-63.

“Los Carlistas: años de oro y sangre”, *Historia* 16, 13 (1977), 64-70.

“El carlismo y los fueros vasconavarros”, en *Historia del Pueblo Vasco. Vol. III*, San Sebastián, Erein, 1979, pp. 72-135.

“El carlismo y la guerra civil”, *La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)*, vol. XXXIV de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, pp. 69-139.

“El voluntariado de Navarra en el ejército de Franco 1936-1939”, *Sistema*, 47 (1982), pp. 77-110

“Antonio Pirala en la Historiografía española del siglo XIX”, estudio preliminar a Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partido liberal y carlista [1853-1856]*, Madrid, Turner, 1984, 6 vols., pp. VII-LXVIII.

Los carlistas, Madrid, Historia 16, 1985.

“El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, *Arbor*, 491-492 (1986), pp. 27-76.

⁷⁰ El texto es, básicamente, el publicado en la revista *Arbor* en 1988.

“La tradición militar del Carlismo y el origen del Requeté”, *Aportes*, 8 (1988), pp. 3-24.

“La contrarrevolución española en el contexto de la contrarrevolución en Europa”, José Antonio Ferrer Benimelli (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", 1990, vol. 2., pp. 573-594.

Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939, Madrid, Aportes, 1991, 2 vols.

“Estudio preliminar” y selección de texto a Juan Vázquez de Mella, *Una antología política*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 1999, pp.

El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas, Madrid, La Esfera de los libros, 2003, en colaboración con Jordi Canal y Eduardo González Calleja.

Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939), Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.